



LETRAS

# EL HOMBRECITO

Dr. JULIO E. SANCHEZ ARBELAEZ

**E**l jefe de la consulta externa, es magro y ascético. Al mirarlo caminar por las calles, uno no puede menos de pensar que es médico. Y chapado a la antigua. También tiene una terminología muy especial: “El indio y el tornillo son incompatibles” es su estribillo favorito. Nadie sabía realmente qué quería decir con esto, hasta cuando se demostró palpablemente.

Todo comenzó una tarde, cuando la rutina de urgencias se vio interrumpida por la llegada de un cortejo campesino. A primera vista parecía que se trataba de un herido, porque lo bajaron de un Ford modelo 46 negro, lo que en policlínica se conocía como fatídicos carros de la violencia, para no olvidar que los pájaros del occidente se transportaban siempre en ellos.

Pero no, era un hombrecito, de escasos treinta años pero que aparentaba cincuenta. Los dientes cariados no dejaban duda acerca de la desnutrición y las palmas y plantas llenas de callosidades evidenciaban la honradez.

Respiraba apenas fatigosamente; los ojos entrecerrados no permitían siquiera el examen de las pupilas, un color azuloso se extendía por las comisuras labiales y los surcos nasogenianos que aleteaban dificultosamente. De vez en cuando un súbito espasmo de efímera duración estremecía toda su magra arquitectura. Unas manchas pequeñas como rosetas cubrían toda la superficie cutánea que dejaba al descubierto la camisa deshinchada y el pantalón de dril, mojado éste por un líquido sanguinolento cuyo acre olor no dejaba duda de su procedencia.

El interno, Del Valle, acucioso como siempre preguntó:

—¿Qué le pasó al hombrecito?

—Le picó una culebra, dijo el que parecía ser cabeza de familia.

—¿Hace cuánto?

—Tres horas doctor. Fue en el corte de don Jesús María en Belén y nosotros lo alzamos ahí mismo.

—Pero ha debido ser una culebra la verraca, pensó Del Valle, en voz alta.

—No señor. Chiquitica. El la alcanzó a matar y aquí se la traigo dijo sacando del líchigo, un pequeño envoltorio de papel periódico del que efectivamente desenredó un animalito de escasos quince centímetros de longitud, de vivos colores con la pequeña cabeza aplastada.

—Eso qué es, una rabo de ají?, dijo Del Valle displicente.

—No doctor. Y la didáctica del campesino antioqueño afloró en seguida. La cola de la rabo de ají termina en punta y las cintas no son a los largo del cuerpo. Esta es una coral.

—Que verraca volvió a pensar en voz alta, Del Valle.

—La madre María, más práctica, intervino dulcemente: Qué le hacemos doctor?

—Por lo pronto llamar al padre Mejía para que le aplique los santos sahumeros intravenosos (el chiste por lo repetido ya no escandalizaba a la monja) porque este blanco se nos va. Y cójale una vena con una dextrosa para tenerla disponible.

Mejía fue alguna vez en un año santo a Roma y a su paso por España quedó hablando andaluz. Mientras oficiaba brevemente, porque el culto no se avenía con sus maneras de gran señor, notó la perplejidad del médico interno.

—Hombre! Tu debes recordar que Restrepo trabajó en el bajo Cauca de Antioquia y es experto en culebras. Llámalo.

—Claro! Yo sí soy pendejo. Hoy es jueves, jueves 3:30. Debe estar operando. Y se precipitó al teléfono. Aló? Déme la sala de cirugía. Me importa un chocho que esté ocupado. Siguió un breve forcejeo verbal, porque era evidente que el jefe estaba en mitad de una operación muy delicada pero al final Restrepo fue puesto al habla. Con la rapidez que el caso requería fue puesto al corriente de la situación y prometió estar en policlínica en cuanto terminara.

Diez minutos después hizo su aparición con los modales teatrales que a pesar de no habérselos enseñado nadie, son consustanciales con todos los cirujanos. La amplia blusa verde, ligeramente salpicada de sangre, la gorra encasquetada hasta los ojos y la mascarilla colgada al cuello. Alto, desgarbado, autosuficiente, no saludó.

Hizo dos o tres preguntas rutinarias, mientras examinaba al hombrecito, con una meticulosidad y rapidez fruto de su larga experiencia como médico de urgencias.

—Y es una coral? Seguro doctor. Aquí está la culebra. Restrepo la miró, la escarbó con una pinza, mientras Mejía con la pipa entre los dientes, despojado ya de los arreos que poco o nada le atraían, le preguntó ceceando: Tú qué opinas?

—Que nos jodimos monseñor, yo sé mucho de mapaná y verrugoso, que no tiene ciencia. No es sino tener a la mano el suero antiofídico. Pero este avichucho no figura en mis libros.

Después de una corta invectiva sobre los poderes centrales que en lugar de hacer avanzar la salud pública, la echaban hacia atrás y de musitar unas cuantas órdenes rutinarias para tratar al menos de mantener al hombrecito con vida, se dirigió al cura: caminá monseñor (siempre lo llamaba así para recordarle que no era más que un simple capellán de hospital) vamos a tomar café.

Mientras saboreaban el café, su mente trabajaba febrilmente, repasando los títulos que habría que consultar en la biblioteca. Súbitamente soltó el pocillo. Claro hombre! Givive.

—Y eso qué droga es?

—Qué droga ni que pan caliente, pendejo! Givive es un abogado importantísimo de Manizales, filósofo y no sé cuántas cosas más que con un viejo Tinoco de Barranquilla es el tipo que más sabe de culebras en este país. Hace poco se ganó un jurgo de plata en el programa ese de televisión donde hacen preguntas y respuestas.

La señorita del conmutador encarnó la burocracia en seguida. Doctor, tengo prohibido pasar llamadas a larga distancia.

—Qué prohibido ni qué tres culos. Yo soy el jefe de cirugía y en ausencia del director soy el que mando. O me pasa esa llamada, vieja asquerosa o te hago sacar de aquí.

—A quién en Manizales?, respondió la operaria por lo visto acostumbrada a esta jerga poco hipocrática.

Aló? Operadora y aquí la voz se tornó melosa, señorita, yo soy el doctor Restrepo de Pereira. Soy el cirujano de Telecom, el que las opera a ustedes cuando se enferman. Tengo un caso tieso aquí y necesito a Givive. Que usted es amiga de él?

—Aló? Doctor Gilberto, la voz se tornó profesional. Usted no me conoce, permíname, soy el doctor Restrepo de Pereira, cirujano y tengo un hombrecito picado por una culebra. Sí señor, en coma y no sabemos qué hacer con él. Que si tengo la culebra? Sí doctor, un momento. Ya la traen doctor. Ya doctor. Mide quince centímetros exactos, sí, delgada como un rejo, sí señor. Las rayas? a lo largo. La cabeza? No doctor, no hay cabeza; el hombrecito se la aplastó con el machete. “Micrurus” dice usted? Mortal? Y qué hacemos con el hombrecito. Tenerlo vivo?

—Como mi Dios nos ayude? Si ese señor se fue a vivir a otra parte doctor. Me vuelve a llamar? Gracias doctor. Es usted muy amable. Adiós doctor. Restrepo no se tomó el trabajo de dar explicaciones a Mejía. Colgó el teléfono o mejor lo tiró y grito a la operadora: Mis muchachos, todos y a Escobar sobre todo a éste.

—Está dando anestesia doctor.

—Que lo reemplacen. Es una orden. Estoy en la cafetería.

Iba por el tercer tinto cuando se reunieron todos. El largo Zapata con su corbata multicolor de siempre, Ortega sucio y barbado, Moreno el negro siempre en plan de conquista y Escobar, callado, serio. A todas horas con un libro en la mano, el doctor Escobar parecía un habitante de otro planeta trasplantado por azar en medio de las bajezas y miserias de un hospital comunitario. Era un mago en presión positiva, gases, electrocardiogramas y otros perendengues que sus colegas apenas estaban empezando a descubrir.

—La situación es esta, dijo Restrepo: Hay en poli un hombrecito en coma, picado por una culebra, que nosotros no sabemos tratar. Y un Givive de Manizales sí sabe. El me va a llamar en diez minutos.

—Y quién es el hombrecito? preguntó displicente, Zapata.

—No te importe. Un ser humano.

—Y quién es Givive? Arguyó el negro Moreno.

—Un abogado, respondió Escobar. De Manizales. Yo lo conozco, sabe de culebras como un putas.

—Y él nos va a enseñar a nosotros? Un abogado. Lambisquió Zapata otra vez.

—No güevón, lo paró Restrepo. No nos va a enseñar. Va a salvar al hombrecito. Y no perdamos más tiempo. Lo que yo quiero es esto: el hombrecito a la unidad de cuidados intensivos. Zapata me le hace una traqueotomía en el término de la distancia, con anestesia local y Escobar me lo enchufa a esos aparatos raros que él sabe manejar, mientras Givive vuelve y llama.

—Un momento doctor Restrepo; atravesó Escobar con su voz lenta y parsimoniosa. Eso vale una platica. Y qué va a decir la junta?

—La junta no puede decir nada. La misión de esos caballeros es conseguir la plata y la de nosotros es gastarla. La demora es lo que enfada.

Ya debía estar el hombrecito enchufado allá. Ah! Y no boten ese maldito animal que Givive quiere que se lo manden.

Doctor Restrepo clamó indolente el altavoz.

Restrepo habla. Sí de Pereira. Sí doctor Gilberto. Antiveneno? Humano o de suero de caballo? Humano? Mejor doctor. En dónde? En los Angeles? Por Dios! Y cuándo llega y quién lo paga? La junta? Doctor la junta a duros jalares nos paga el sueldo. Bueno le agradezco en el alma. Me deletrea otra vez el laboratorio? "Microcrurus Crotalidae Inc.". Seguro que es en los Angeles? Bueno doctor, Dios le pague. Colgó el teléfono y echó escaleras arriba.

La junta! Que les iba a doler a ellos su hombrecito. De pronto se sorprendió a sí mismo. ¡Cómo que su hombrecito! Un montañero que sólo había conocido media hora antes. Bah! Pero al llegar a la puerta divisoria, sus ojos grises, acerados, se cruzaron con los ojos cargados de mil angustias del viejo. No se dijeron palabra. Pero penetró a cuidados intensivos con una decisión. Sí era su hombrecito. El paciente, conectado al aparato respiraba rítmicamente. Las frazadas habían retornado el calor vital que ya huía y la infusión venosa le daba vida. Precaria, artificial pero vida. Escobar estaba repitiendo a sus cuatro enfermeras lo que él ya había oído cien veces. Niñas, ese tornillo, este, siempre debe estar en On. La máquina se dispara sola y ustedes no hacen más que vigilar el pulso, la presión y la traqueotomía para que no se desconecte. Y siempre, siempre en On, en On digo.

En el estar de médicos, Escobar comentó con acritud sobre el problema que era manejar una unidad de cuidados intensivos con un personal en perpetua renovación, sobre la inutilidad de la mujer en general para desembocar en lo que Restrepo estaba esperando desde el principio. El hombrecito no saldría. Y si salía era con los pies adelante.

Allí estaban los otros tres. Mis hijos, llamó el blanco de Manizales. El antídoto fuera de valer un jurgo de plata, no se consigue sino en los Angeles, California, U.S.A.

Y qué es la demora en pedirlo patrón? Preguntó irónico Moreno.

Vivo, adivíname la suerte! Y quién lo paga?

—La junta jefe, usted no manda en la junta?

La junta. La junta. Y suponiendo "doctor". Y acentuó el título, que lo pague. Cuándo llega? Hoy es jueves. Hasta cuándo vamos a tener a ese hombre con vida?

Entre paréntesis. Le pasaron sonda a la vejiga?

—Para qué?

—Restrepo, interrumpió Escobar. Vos sos amigo de José Gutiérrez?

—Gutiérrez? El de las gallinas? Harto. Estudiamos juntos. Está muy rico. Anda por ahí con un carro grandote con una antena y unas letras pintadas. Ah! Pues claro! Ya caigo. Es radioaficionado. Y esos tipos son locos. No es eso lo que sugieres? Ya!

Después de una corta espera localizaron al radioaficionado.

—Sí? José Restrepo? del Hospital? No hermano, lo mismo, soy breve. Un hombrecito. No sabemos quién es. No, el hombre no. Lo picó una culebra. Está en coma. Givive. Sabemos quién es Givive? Dice que lo salva un antiveneno que lo hay en los Angeles. Te lo deletreo. Hermano, no hay plata. Gracias hermano usted es el hombre. Adiós.

Los cuatro pares de ojos se clavaron en él. Qué dijo?

—Que sí. Esos tipos son locos. Que en cuatro horas avisan Vamos a comer.

De paso por los intensivos otra vez, Escobar repitió, esta vez a Ruby, que tomaba la presión: En On, siempre en On.

La comida más desabrada que de ordinario no fue comida. Cada uno rumiaba sus pensamientos mientras esperaba el sonido del altavoz.

—Doctor Restrepo, lanzó del comedor que no se sabía por qué estaba gangoso hace tiempos.

Restrepo habla! Si jefe. Instintivamente y a pesar suyo se puso firme como los militares y sus subalternos comprendieron que esta vez era el gran jefe.

Sí señor. No señor. No sabemos su nombre! En cuidados intensivos. Sí señor. Por orden mía. Sí señor! yo sé que vale mil pesos diarios pero nadie me advirtió que era sólo para pensionados. Que lo saque?

Los muchachos temblaron en sus asientos. Esta iba a ser buena.

Que lo saque, después de haber pedido la droga a los Angeles? Yo no como de eso, doctor. Viene usted y lo saca y en seguida nos saca a nosotros cinco de este mugre hospital.

El auricular casi se quiebra al chasquear rudamente. Los encaró verde, lívido.

Explicó brevemente que por orden del gran jefe, el paciente debería ser retirado de la unidad debido a los altos costos que la institución no estaba en capacidad de absorber. Pero agregó secamente y en voz baja: No lo saco. Y que se lleve el putas al demonio. Me voy a recostar y ustedes me llaman.

Se tiró vestido en la cama y como lo hacía siempre en situaciones parecidas, borró todo de su mente. No pensó en nada y se quedó dormido.

Lo despertó Zapata suavemente. Jefe, Gutiérrez, tomó el auricular completamente lícido.

Quihubo hermano. Por Guatemala, Los Angeles. Y lo regalan? Ah! gringos queridos de Medellín. Pero cuándo llega hermano? El domingo. Y apenas amanecer viernes. A Tocumen? Y de allí quién nos lo trae? Avianca? Y tú tienes folios con esa gente? Qué verraco!

—Usted es el hombre, no hay más que hablar.

Un abrazo hermano.

Zapata le alargó un tinto. Qué horas son?

Las cinco de la mañana.

Y el hombrecito?

—Vivo! Artificial todo, pero vivo.

—Qué carajo, eso es lo que importa. Bueno, acuéstate tú que yo iré.

En el estar de cuidados intensivos Escobar echaba un motoso.

—Cómo lo ves?

—Está sostenido.

—Quién está con él?

—Amparo, la más bruta.

—Bueno, pues vamos a matar el fuerte, con agua hijo y nos vemos en la cafetería.

En esta, ya Mejía se había encargado de regar el cuento. Sin embargo a pesar del consenso unánime de que no valía la pena despilfarrar tanta plata en un montañero jetón de Belén, cuyo nombre ni siquiera había podido ser inscrito en los registros del San Jorge, la reputación de Restrepo era tal que éste y Escobar se sentaron solos sin ser importunados.

El gran jefe llegó primero que los huevos en perico. No se había acabado de sentar cuando preguntó: doctor Restrepo, barájeme otra vez el cuento del montañero ese.

El gran jefe era hombre de pocas palabras, pero era el gran jefe. Un magnífico cirujano, que harto de hacer dinero se había entregado por entero al manejo administrativo del hospital y lo hacía como si fuera una finca, ahorrando hasta el último peso para poder estirar el presupuesto. Escuchó en silencio el relato que le hizo Restrepo con estudiada lentitud. Prendió un cigarrillo, lo miró largamente por entre el humo y finalmente como tasando las palabras musitó: hijo, yo también tuve 25 años. Siga adelante y gaste.

Restrepo agradeció con frases entrecortadas y haló otra vez a Escobar hacia la sala de cirugía.

De paso para los quirófanos entreabrieron la puerta de cuidados. Guisella tomaba la presión. Cuánto? 120/60, pulso? 80. Escobar preguntó de nuevo. El respirador? Está en On doctor. Okay.

Ese día la rutina de cirugía se vio interrumpida por una orden insólita. El jefe delegaba sus operaciones en los respectivos ayudantes. Habida cuenta de que ello no había sucedido en varios años, se tejieron toda clase de comentarios. No faltó quién dijera que el hombrecito probablemente era su hermano. Pero no, era imposible. Todo el mundo sabía que la familia Restrepo nunca había salido de Pereira y era evidente que en lo físico nada los unía. Restrepo envolató la mañana entre los quirófanos, su propio servicio y el hombrecito. Era demasiado orgulloso para demostrar su desazón por el silencio del altavoz y mucho menos preguntar directamente a la operadora. Descansó sin embargo cuando alrededor del medio día, escuchó su nombre a la sordina: doctor Restrepo. Prestamente alzó el auricular: Restrepo habla. Le va a hablar el doctor Givive de Manizales.

Aló? Sí doctor, listo. Unos locos cuya goma es hacer favores lo consiguieron gratis en los Angeles y está en camino a Tocumen. Aló. Sí señor, está vivo, estabilizado, buena eliminación, aunque inconsciente. Sí doctor le llegó el lagarto ese? Sí es el que usted dice? Claro con razón dicen que usted es un mago.

Al descansar la bocina, sonó la alarma general hospitalaria, el indicador de que algo muy grave sucedía en alguna parte del hospital. Instintivamente voló a cuidados intensivos. Todo marchaba normalmente.

—Qué pasó?

—Aquí nada, contestó Escobar con desgano.

—Y tú qué haces aquí?

—Jugando ping pong, jefe, no me ve?

—Digo que te vayas a dormir. No tengo sueño. Allá tú y tu maldito On.

A las cinco de la tarde llegó Ortega más sucio y desharrapado que de costumbre.

A pesar suyo, no pudo evitar la reprimenda usual.

—Cuándo vas a comenzar a bañarte y a vestirse como un verdadero médico?

—Jefe, lo llama ese señor Gutiérrez, contestó el otro, evadiendo la mirada.

José, qué pasa? No lo puedo creer. Algo le tenía que tocar al hombrecito. Entonces mañana? Sí, hay un vuelo directo entre Bogotá y Pereira que llega aquí a las seis y treinta de la mañana. No, ni riesgos. Yo mismo iré por él.

Salió, despacio como siempre, con el corazón saltándole en el pecho.

En la puerta inexplicablemente estaba el viejo. No había tristeza ni resignación en su mirada. Sólo ruego.

—Doctor, mi muchacho cómo está?

—No me jodas viejo.

El viejo no pestañeó. Sólo murmuró muy quedo al pasar Restrepo a su lado. Claro como a ustedes no les interesan sino los ricos. El médico se encogió de hombros, ni lo miró siquiera y pasó de largo.

En el cafetín, esperaban Zapata y los otros. Callados, más bien daban la impresión de aburrimiento.

Se sentó y anunció calmadamente: Se ganó 24 horas el hombrecito.

El avión de los Angeles por pura casualidad hizo conexión en New Orleans con el carguero de Sam que en este momento está aterrizando en Miami. La pendejada esa estará aquí mañana a las 6 a. m. Se pueden ir a descansar. Esta noche trasnochará el equipo entero. Ruby, Amparo, Guisella, Consuelo y Escobar.

Los otros obedecieron a regañadientes. Sabían que discutir con él era inútil.

Sin la más mínima señal de cansancio subía las escaleras cuando sonó de nuevo la alarma. Irrumpió como una tromba en cuidados intensivos.

Todas las enfermeras y Escobar pugnaban por contener al hombrecito que se agitaba en la camilla como un saltamonte. Convulsiones! Estúpidos! Fue lo primero que advirtió Givive. Definitivamente eran incapaces de conectar el cerebro con el resto del organismo.

Escobar pálido y sudoroso gritó como si fuera en un tren expreso: Qué calmante le aplicamos? Cualquiera, contestó muy de sí mismo, para el caso da lo mismo. Difenilhidantoína venosa.

Menos mal pensó Escobar que tiene un catéter en la cava. El hombrecito pareció quedar exhausto y el sopor se acentuó. El jefe aprovechó para dar la buena nueva.

La droga llega mañana. Escobar puede irse a dormir.

El anestesista no contestó y se hizo el que arreglaba las mangueras. Entonces dormiré yo, dijo con sequedad.

Antes de acostarse en el sofá-cama del bienestar médico, llamó por última vez a Gutiérrez. Qué hubo. Ah! Bueno. Allí estaré a las seis. Y se durmió. Despertó a las cinco en punto. No se mojó el pelo siquiera. Escasamente orinó con mucho ruido. Cruzó por la sala que, contrariamente a lo usual, en esa hora estaba vivamente iluminada. Escobar cabeceaba a la cabecera del hombrecito. Las cuatro enfermeras giraban alrededor sólicitamente: pulso, presión, catéter de presión venosa central, sonda vesical.

Escobar vete a dormir, regreso en una hora.

—Y cómo sabes que se aplica la cosa esa?

—Pendejo, eso lo tiene que decir en el envelope como dicen esos gringos.

Mientras conducía a la velocidad desusada por la avenida 30 de agosto, recordó la película “el salario del miedo” e instintivamente disminuyó la velocidad. No era el caso echar a perder ese paseo, por una imprudencia.

Al llegar a Matecaña, el pequeño aeropuerto estaba atiborrado. Parquéo en el lugar reservado a la aduana y preguntó por el capitán. Lo encontró en la sala de pilotos con un pequeño paquete cuadrado debajo del brazo.

Escasamente lo saludó con una sonrisa, le estrechó la mano y recibió el paquete.

Buena suerte, dijo el capitán.

No se dio cuenta cómo ni por dónde se halló en el hall del hospital. Había una conmoción poco común, que cesó por encanto al aparecer él con el paquete.

Subió de tres en tres las escaleras y sólo alcanzó a oír tras sí: Se las va a comer vivas!

Sólo al abrir la puerta de la sala de cuidados intensivos comprendió con exactitud el alcance de la expresión. El hombre yacía quieto en la camilla. Sin la inmovilidad del tórax, la sola palidez cerúlea del rostro hubiera evidenciado la muerte. A su alrededor, las cuatro mujeres, quietas, hieráticas, más pálidas que el difunto, parecían cadáveres a quienes la muerte hubiera sorprendido en posiciones grotescas.

Buscó con la mirada una explicación y sus ojos se fijaron en la válvula. Alguien inexplicablemente la había puesto en Off. Lentamente desconectó el tubo de traqueotomía del respirador. Lo sacó y depositó suavemente en el agua estéril. Cubrió la cara del hombrecito con la sábana. Dio media vuelta. Abandonó la estancia. En el corredor, por fortuna, no estaba el viejo. Cuando bajaba de una en una las escaleras, tropezó con el gran jefe que subía jadeando. Como siempre en los momentos difíciles le trató con suma afectuosidad.

—Qué ha pasado hijo?

—Nada jefe, que nuestro jefe de consulta externa dice que “el indio y el tornillo son incompatibles”.